

los ojos y las narices, estas con el delantal y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atención, pensando solo como había de jugar á fiel-de-recho cuando estuviese en el noviciado, en dar ya trazas como pegársela al dispensero corriendo un par de raciones cada semana, y figurándose ya en su imaginación el mayor predicador de toda aquella tierra, confesando después, que mientras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de disciplinantes para cuando le echasen la Semana Santa de Campazas. A esto contribuyó también que el bellacon del lego se puso donde sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando éste ponderaba alguna cosa, aquél le guiñaba el ojo y le hacía señas con la cabeza como que no hiciese caso de lo que le decía: con que luego que acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que quería ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él también pasaría por ellas sin dar otra razón chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó que lo que había de ser tarde fuese luego, porque teniendo ya quince años estaba en la mejor edad para entrar en religión: y así dentro de dos días, el provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron á un convento de la orden no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y así al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado al fin como cosa suya.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

CONCLUIDO SU NOVICIADO PASA A ESTUDIAR ARTES.

YA tenemos á Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pié adelante ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado al lego cuando podía hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los piés. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santi-amen se echaba á pechos un Jesús, cuando ayudaba al refitolero á componer el refectorio, llegó á sospecharse, que no era tan limpio como parecía, y así el refitolero como el sacristan, le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistía al refectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de estas á la mitad de la mañana, y

á un volver de cabeza se hallaban vacíos uno ó dos jesuses, de los que juraría á Dios y á una cruz, que ya habia llenado; y aunque nunca le habian cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo; y que en Dios, y en su conciencia no podia ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

2. Era el maestro de novicios un bellissimo religioso, devoto y pio hasta más no poder; pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo á un novicio con los ojos bajos, con la capilla calada, las manos siempre debajo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiñándose al andar, y andando siempre arrimado á la pared, puntual á todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba siempre de Dios; pues que, si naturalmente era bien agestadillo, y vergonzoso; si le pedia licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese; si acudia frecuentemente á comunicarle las cosas de su espíritu, y á darle cuenta de los sentimientos, que tenia en la oracion, especialmente si habia algo, que oliese á cosa de vision imaginaria? Sobre todo; ¿si en tono de caridad, de escrúpulo ó de celo iba á contarle las faltas que habia notado, ó que quizá solo habia aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no habia más que pedir: no creeria cosa mala de este novicio, aunque se la predicaran frailes descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenia por envidia ó por emulacion, diciendo casi con lágrimas, que la virtud hasta en los claustros es perseguida. Los bellacos de los

novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenian bastante malicia para conocer esta flaqueza ó esta bondad de su maestro, y así los más ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que eran los más santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al más raposilla de todos, ántes bien en esta especie de farándula los hacia muchas ventajas, y se sabia, que era el queridito del maestro, y más añadiéndose á su buen parecer, disimulo y afectada compostura, el ser ahijado y tan recomendado de nuestro padre provincial; porque si bien es verdad, que el maestro de novicios era baron espiritual y místico, no embargante todo éso, á mayor gloria de Dios, y por el mayor bien de la religion, hacia con purísima intencion su córte á los mandones, y no querria disgustar á un padre grave, por cuanto tuviese el mundo.

3. En esta disposicion del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fueron las acusaciones del refitolero y del sacristan. Dijoles el bendito varon, que conocian mal al hermano Fray Gerundio, y que no sabia con que conciencia hacian juicios tan temerarios, y levantaban aquellos falsos testimonios á un novicio tan angelical; que si supieran bien quien era aquel mancebo, se tendrian por dichosos en poner la boca donde él ponía los piés; y que si era verdad que les faltaba el vino, seria sin duda, porque el diablo tomaba la figura del santo novicio para beberle y para desacreditarle: concluyendo con decirles, que si la Orden tuviera media docena de Fray Gerundios, esa media docena de santos más adoraria con el tiempo en los altares.

4. Sucedió, que miéntras el bueno del maestro

de novicios estaba dando esta repasata á los dos legos acusadores, el angelical Fr. Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho á la celda del maestro, á darle cuenta de lo que le habia pasado en la oracion de aquel dia. Entró, como acostumbra, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adremente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer; y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño, mandóle sentar junto á sí, comenzó la cuenta de oracion, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron á la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro sin poderse contener se levantó de la silla, y para alentar más y más á su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió; porque como le apretó tanto en el seno, se estrellaron en el pecho los huevos, que el angelical mancebo traía escondidos en él, y comenzaron á chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecia haberse vaciado el perol donde se batian los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio; pues qué es esto, hermano Fray Gerundio? El santo mozo, que era asaz sereno

y de imaginacion pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: Padre, yo se lo diré á su Reverencia. Como ha dos meses, que su Reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su Reverencia, porque su Reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificacion. Tragó el anzuelo el bonísimo varon, y pasmado de la estupenda mortificacion de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque ménos apretado que el primero, por no lastimarse en las llagas de las espaldas, y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente, que mejor es la obediencia que los sacrificios, le despidió, dándole orden, de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro Fr. Gerundio su noviciado, é hizo su profesion *inofenso pede*, sin que le faltase voto; y como todavía duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las artes á un convento de los más graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista, por dos ó por tres años, como pasan los demás frailes en canal que no tienen arrimo.

6. Era lector un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprehension, de memoria feliz, estudianton de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamás habia leído otra filosofia, ni podia tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayu-

daba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho, y una maravillosa fortaleza de pulmones: en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras ni las sabia, para explicar las cosas más triviales. Si le preguntaban como lo pasaba, respondia, *materialitèr*, bien, *formalitèr*, subdistingo; *reduplicativè ut homo*, no me duele nada; *reduplicativè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasion se le quejó su madre, de que en las cartas que la escribia no la hablaba palabra de su salud, y él la respondió: «Ma-  
«dre y señora mia: es cierto, que *signatè* no decia  
«á V. que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo  
«decia. Ahora pongo en noticia de V. como estoy  
«explicando á mis discípulos la *transcendencia* ó la  
«*intranscendencia del ente*: yo llevo la *analogía*, y  
«niego la *trascendencia*. A mi hermana Rosa dirá V.  
«que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo*, co-  
«mo *ut quod*, y que en cuanto á las calcetas con  
«que me regala, la *materia ex qua* me pareció un  
«poco gorda, pero la *forma artificial* viene con to-  
«dos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de cho-  
«colate, que V. me envia, diré *in rei veritate* lo  
«que me parece: las *cuadidades intrinsecas* son bue-  
«nas, pero las *accidentales* le echaron á perder, por  
«haber estado aplicado más tiempo del conveniente  
«á la *naturaleza ignea, mediante la virtud combustiva*.  
«B. L. M. de V. su hijo *inadequate, et partialitèr*,  
«y su capellan *totalitèr, et adæquate*. Fr. Toribio,  
«Lector de Artes.»

7. Por aquí se puede sacar el carácter del padre

lector fray Toribio, que en un argumento á todos se los llevaba de calle, porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita, y con la abundancia de términos, no habia quien le resistiese, y así le llamaban el azote de los concursos. Tenia atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo más inútil y más ridículo, que se enseña en las sumulas, sirviendo solo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Ejercitábase él: y hacia que sus discípulos se ejercitasen en componer contradictorias, contrarias, subcontrarias y subalternas, en todo género de proposiciones, en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complexas, en las necesarias, en las contingentes y en las de imposible, gastando meses enteros en estas bagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima cuestion de *si blicitiri es término*, era cosa de espiritarse; y si alguno le queria defender, que la union era tan término como todos los demás, y que en ella se resolvia la proposicion *tan resolvidamente*, como en el sugeto y en el predicado, era negocio de volverse loco, y á lo ménos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo exquisito gusto, y la misma buena eleccion que tenia en las sumulas, mostraba en lo perteneciente á la lógica. Aunque sabia muy bien, que esta no es más que un arte, que ayuda á la razon natural á discurrir con penetracion, y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, segun los diversos respetos, nociones ó for-

malidades con que se presenta al entendimiento; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le dan bastante fundamento, no para que de una sola cosa haga dos, sino para que conciba, como si fueran dos, la que en realidad es una sola; y que supuesta esta penetracion y esta division ideal, pueda ir despues racionando y discurrendo acerca de ellas, hasta llegar muchas veces á la demostracion, y casi siempre á un prudentísimo asenso. Repito, que aunque el buen padre lector no ignoraba, que esta y no otra, era la verdadera lógica, de nada ménos cuidaba, que de instruir á sus discípulos en lo que conducia para esto, y de los nueve meses del curso, gastaba los siete en enseñarles lo que de maldita la cosa servia, sino de llenarles aquellas cabezas de ideas confusas, de representaciones impertinentes, y de idolillos ó figuras imaginarias; si consiste en un único hábito, cualidad ó facilidad científica, ó en un complejo de muchos correspondientes á la variedad de los actos logicos; si es ciencia práctica ó especulativa; si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instruccion en las reglas se distingue del uso de ellas; si su objeto es un entecillo duende, enteramente fingido por el entendimiento, ó una entidad, que tiene verdadero y real ser, aunque puramente intelectual; si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse ni bien ni mal; y asi de otras cuestiones proemiales, que de nada sirven y para nada conducen, sino para perder tiempo, y para quebrarse la cabeza lo más inútilmente del mundo.

9. Esto es, por paridad, como si un maestro de

obra prima (que así se llama, no se sabe por qué, á los zapateros) con un aprendiz, que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte ó ciencia, y si arte, si era mecánico ó liberal. Otro en instruirle, si era lo mismo saber cortar, que saber coser, saber coser, que saber desvirar, ó si para cada una de estas operaciones era menester un hábito ó instruccion científica que las dirigiese. Señor, que yo quiero aprender á hacer zapatos. Espérate, tonto; ¿cómo has de saber hacerlo, sino sabes si el objeto del arte zapateril es el zapato que realmente se calza, ó aquel que se representa en la imaginacion, como idea del que despues se ha de hacer? Señor, que yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan. Eres un orate: ¿por ventura, sabrás nunca hacer esos zapatos, no estando bien enterado de si las reglas que se dan para hacerlos, son ó no son diferentes del uso y práctica de ellas? señor, ¿qué se me dá á mí, que lo sean ni dejen de serlo? Enséñeme usted esas reglas, pues ha cuatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni siquiera una me ha enseñado. Ven acá, idiota, ¿cómo te las he de enseñar yo, ni cómo las has de aprender tú, mientras no estés plenísimamente instruido en qué este arte, que llamamos de obra prima, es en parte práctica y en parte especulativa? Práctica, porque su fin es enseñar á hacer zapatos, ajustados, airosos y duraderos: especulativa, porque las reglas que da para eso, es menester que dirijan primero á la razon, sin lo cual no se gobernarían bien las manos. Por vida de... (y echóle redondo) que usted ma-

tará á un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas; ¿qué me importará saber, si el oficio es plático, ó culativo, ó la perra que me parió?

10. Si alguno fuera al padre lector con este cuento, bien sé yo que no lo habia de contar por gracia; porque sobre abundar de un humor escolástico flavobilioso, que hiriendo en un momento las fibras del cerebro, se comunicaba rápidamente al corazon por el nérvio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aquí por una instantánea repercusion volvía al mismo cerebro, donde agitaba con igual ó con mayor crispatura las fibras, que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseido de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendia alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodigiosa multitud de hombres grandes, que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba que los hombres más sábios y los hombres más grandes al fin son hombres, y que no se habian acreditado ni de grandes ni de sabios por haber gastado el tiempo en esas fruslerías, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habian empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia ó la política los habia precisado á no desviarse del camino carretero y á seguir el uso comun, le faltaba poco para romperle los cascos; y si lo dejaba de hacer, era de pura compasion, despreciándole como á un pobre mentecato. Despues echaba mano de aquel otro lugar comun, con que

se defienden los que no tienen bastante valor ni bastante generosidad para confesar que estas son impertinencias, diciendo, que sirven de mucho, aunque no sirvan de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios y para ejercitarlos en la disputa.

11. No habia que reponerle lo primero, que siendo la lógica la que enseña á discurrir y á disputar, parecia cosa ridicula comenzar á aprenderla arguyendo y disputando. Porque ó ya se sabian las reglas de la disputa ó se ignoraban: si se sabian, era ociosa la lógica; si se ignoraban, ¿cómo era posible, que se disputase, sino diciendo en la materia y en la forma cuatrocientos disparates? Y así vemos, que las artes más mecánicas, y los oficios más fáciles no se comienzan á aprender por el ejercicio, sino á lo ménos por aquellas reglas generales, que son necesarias para saber imperfectamente ejercitarle. No hay oficio más fácil, que el de aguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del rio ó de la fuente, está aprendido el oficio: con todo, es indispensable, ántes de ir por agua, saber echar la albarda al burro y saber el camino. Si á un aprendiz de herrero le dijese desde el primer dia, que hiciese una sarten, se reiria del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno, del modo de manejarlos y de disponer la materia para recibir la forma artificial que se pretende darla: despues irle ejercitando en lo más fácil. Pues ahora, ¿hay cosa más graciosa, que comenzar disputando, si la lógica docente se distingue de la utente, y empeñar por precision la disputa de toda la doctrina que

se da acerca de los hábitos naturales, infusos y adquiridos, suponiendo ya sabido el modo con que estos se engendran, y en qué consiste la virtud, que tienen, para producir después unos hijos, enteramente parecidos á sus abuelos?; esto es, á los actos que engendraron á los hábitos, siendo así que el pobre niño no tiene idea ni noticia de otros hábitos, que de los hábitos largos de los curas, ó de los hábitos de los frailes, que vió predicar la cuaresma y pedir el agostó en su lugar; ¿qué concepto formará de toda aquella algaravía de hábitos, de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica, que es indispensable entienda, aún solo para penetrar los términos de la cuestión, si nada de esto se le ha de explicar, hasta que estudie la metafísica ó la animástica?

12. No habia que reponerle lo segundo, que toserado y no concedido, que para ejercitar el entendimiento en la disputa, fuese conveniente excitar algunas cuestiones proemiales, seria razon tomarlas de aquellos puntos históricos, que pertenecen al fin, invencion, progresos y estado actual de la misma lógica. Como v. gr. ¿para que fin fué inventada la lógica si solamente para enseñar á discurrir bien, ó para evitar que otros no nos alucinassen con sofismas y con paralogismos; si la lógica es más antigua ó más moderna, que la filosofía en todas sus partes? Y aquí entraba naturalmente un curioso resúmen historial del origen de la filosofía, y de su division en tanta variedad de sectas, la iónica, la itálica, la cirenáica, la elíaca, la megárica, la cínica, la estóica, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica ó scéptica, la epicúrea, y finalmente la eléctica, ántes

de hablar de los diversos sistemas de la filosofía moderna. Hallárase, que la lógica, respecto de unas sectas, habia sido muy posterior, muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas sincrona ó coetánea.

13. Después se podia preguntar; ¿si la lógica se inventó por casualidad ó de propósito? Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones para descubrir y para desembarazarse de los sofismas, se seguia la pregunta; ¿de quién fué el primero, que hizo estas observaciones y formó una coleccion de ellas, para enseñar y para abrir los ojos á los demás, si Zenon Eleates, si Sócrates, si Platon, si Aristóteles ó si Speusippo? Y constando por la historia que Zenon hizo algunas observaciones, Sócrates otras y Platon otras, todos tres anteriores á Aristóteles, de quien Platon fué maestro, preguntar; ¿porqué no obstante eso, se tiene comunmente á Aristóteles por inventor de la lógica ó de la dialéctica? A lo cual se ha de responder necesariamente, que porque fué el primero que hizo una coleccion de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico ó instructivo, y dándolas un método seguido, claro conexo y natural. Así como Pedro Lombardo, por otro nombre el Maestro de las sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone, sino por que los que estaban esparcidos y sin orden en las obras de los Padres, especialmente latinos, los redujo á un método uniforme en los cuatro libros de

los sentenciarios; disponiéndolos de manera, que formasen un cuerpo bien repartido de facultad y de doctrina; añadiendo de suyo, además de eso, el poner en estilo de escuela y de disputa, algunos puntos, que en las obras de los Padres se leen en estilo puramente doctrinal.

14. Después de todas estas cuestiones, se concluía naturalísimamente con las pertenecientes á los progresos y estado actual de la misma lógica; si Aristóteles la concluyó ó la dejó imperfecta; si la que hoy tenemos es la misma que enseñó aquel filósofo ú otra diferente? Si la misma, aunque muy añadida, ¿que partes son las que se añadieron, cuando, por quiénes, y con qué ocasion ó motivo? Y de estas partes añadidas, ¿cuáles son necesarias, cuáles útiles, y cuáles impertinentes? Vé aquí unos proemiales de mucha utilidad, de mucha curiosidad, y de muchos y bellos materiales, para que los entendimientos se ejerciten en disputas históricas y críticas, pertenecientes á la misma lógica, con tanto gusto como aprovechamiento. Pero vé aquí tambien lo que oía nuestro padre lector Fray Toribio, unas veces con una cólera espantable, y otras con una risa falsa y despreciativa, que le caía muy en gracia. Decía por toda respuesta, que todos eran tiquis-miquis, fruslerías de entendimientos superficiales, y que esos proemiales eran buenos para una lógica de corbatín ó de sofocante: en una palabra, admirables cuestiones para aquellos lógicos, que leían gacetas, y encargaban á un corresponsal de Madrid que los enviase el mercurio.

15. No puede omitir la historia un caso curioso,

que sucedió con nuestro escolasticísimo padre lector. Cierta padre maestro de su misma orden, hombre de vasta erudicion, y de igualmente grave, que amena literatura, harto mejor instruido en lo que era verdadera lógica y verdadera filosofía, que el bendito Fray Toribio, viéndole tan escolastizado en aquellas vanísimas sofisterías, y no pudiendo reducir á la razon aquella mollera endurecida y callosa, le dijo por burla cierto dia: Pues de ese modo, padre lector, para usted no habrá en el mundo cuestión más importante, que aquella que se defendió en Alemania; *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* Quedóse atónito y como pasmado al oír semejante cuestión el metafisiquísimo Fray Toribio; porque aunque no habia curso tomista, scotista, suarista, okamista, nominalista ni baconista, que á su parecer no hubiese revuelto, no hacia memoria de haber leído jamás aquella cuestión *in terminis*. Suplicó al padre maestro, que se la volviese á repetir: hizolo este con grande socarronería. Quedóse el lector suspenso por un rato, como quien repasaba allá para consigo los términos de la cuestión, queriendo penetrarlos; y despues de haber repetido dos ó tres veces en voz inteligible; *Utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones; utrum chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones?* dió una gran patada en el suelo, y prorrumpió diciendo: *Por el santo hábito que visto, que más quisiera ser autor de esta cuestión, que si desde luego me hicieran presentado; y concluido me vea yo en los primeras sabatinas, sino la defendiere en acto público, llevando la afirmativa.*



Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fanático lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada: Hará bien padre lector, hará bien, y muérase con el consuelo, de que le podrán poner sobre la piedra este epitafio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo génio y gusto:

*Hic jacet magister noster,  
Qui disputavit bis aut ter  
In Barbara et Celarent,  
Ita ut omnes admirarent  
In Fapesmo et Frisesomorum,  
Orate pro animas eorum.*

## CAPÍTULO II.

PROSIGUE FR. GERUNDIO ESTUDIANDO SU FILOSOFÍA, SIN ENTENDER PALABRA DE ELLA.

LA verdad sea dicha (porque; ¿qué provecho sacara el curioso lector, de que yo inferne mi alma?), que cuanto más cuidado ponía el incomparable Fr. Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, ménos entendía de ellas nuestro Fr. Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el génio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera más amena, más lucrosa y más á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tédio las materias escolásticas, y no podía acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas, que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la explicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, etc., y por más que se desgañaba en enseñar, que todo lo que existe es ente; si se vé y se palpa, es ente real, físico y corpóreo; si no se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma, y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y